

# Gonzalo Rojas y la conciencia del tiempo

Hace ya varios años, cuando Gonzalo Rojas aún no había recibido los Premios Reina Sofía de Poesía Hispanoamericana y Nacional de Literatura<sup>1</sup>, el ilustre profesor y crítico literario de la Universidad de Concepción (Chile), don Luis Muñoz, apuntaba algo esencial sobre la contradictoria imagen del hombre sometido al tiempo, en la poesía de nuestro autor: «El tiempo es para todo hombre su enemigo y su verdad; y lo es más para un poeta como Gonzalo, cuya visión de la vida humana es ambivalente»<sup>2</sup>. En efecto, no sólo como rasgo de una escritura que discurre por el irreconciliable cauce antinómico –vida/muerte–, tal percepción del hombre en pugna con su limitada temporalidad, explica el particular proceso a que el poeta somete la composición de sus libros. Como el devenir vital, no hay libro definitivamente concluso para Gonzalo Rojas, porque todo, la vida y su recreación poética, es un continuo hacer(se) y deshacer(se) en el tiempo; pero, también, una permanente fragmentación que el escritor obsesivamente intenta conciliar en la unidad de un ser –o libro– siempre inacabado, cuyo punto final lo pondrá la muerte.

Compartimos, en este sentido, la opinión crítica de Mauricio Ostria de que «la escritura de Gonzalo Rojas se exhibe como un proceso constructivo en continua mudanza y, en consecuencia, como una obra abierta, inacabada, jamás conclusa del todo»<sup>3</sup>. En este afán de permanente transformación, dispersión y reagrupamiento, como observa Gonzalo Sobejano, el poeta «quita, pone, reordena (...), no le importa la cronología de los textos: un poema de 1940 sucede a otro de 1960 y no pasa nada. O pasa algo: pasa que queda probada la actualidad de toda poesía alta; y pasa que, si se mira a las fechas, un poema de ayer resulta vivificado por

<sup>1</sup> Ambos premios los recibe el poeta el año 1992. El primero, el 5 de junio y, el segundo, el 13 de noviembre de ese mismo año.

<sup>2</sup> Muñoz, Luis, «Reencuentro con Gonzalo Rojas», en *Acta Literaria*, número 15, Concepción (Chile), Universidad de Concepción, 1990, pág. 9.

<sup>3</sup> Ostria, Mauricio, «Aproximación a la poesía de Gonzalo Rojas», en *Acta Literaria*, número 18, Concepción (Chile), Universidad de Concepción, 1993, pág. 13.

otro de hoy, y éste por aquél. Savias comunicantes»<sup>4</sup>, concluye el mencionado crítico.

Lo significativo de esta particular forma de construcción material del libro, que se nos presenta, según el autor antes citado, como «una auto-antología en formación perpetua», es que los poemas agregados al nuevo corpus textual, sin dejar de ser los mismos, se convierten en otros, en el marco de una obra que no reconoce fronteras cronológicas en el decurso siempre abierto de la creación poética. No es de extrañar, por lo tanto, el continuo proceso de autoselección al que Gonzalo Rojas somete su obra, si atendemos a la disposición cíclica de un discurso poético que permanentemente converge sobre sí mismo, impulsado por el afán de conciliar la pluralidad, la fragmentación de la vida y su esencial ambivalencia.

*Río turbio* (1996)<sup>5</sup>, la más reciente obra de Gonzalo Rojas publicada en España, no es ajena a este particular modo de creación poética, sólo que en este libro el enfrentamiento del escritor con su enemigo y su gran verdad, el tiempo, asume la forma de un auténtico ajuste de cuentas. La breve extensión del texto es un indicio externo del afán de síntesis que preside este poemario en el que la idea de la muerte hace aún más imperiosa la necesidad de aunar la dispersión de la vida en su discurrir temporal. Tal actitud discursiva, de registro esencialmente lírico, hace converger en este libro-síntesis, obras tan distantes en el tiempo como pueden ser *Materia de testamento* (1988) y *Contra la muerte* (1964)<sup>6</sup>; confirmando, de paso, la generalizada opinión crítica de que «los libros de Gonzalo Rojas son, en realidad, un solo gran libro (...) que se hace y se transforma, que se dispersa y reagrupa una y otra vez, en continua lucha por lograr una visión unitaria de lo fragmentario, tentativa, a la vez, lograda y frustrada de la realidad»<sup>7</sup>.

Dicha tendencia poética que, a primera vista, se pone de manifiesto en la recurrencia textual que caracteriza la obra de Gonzalo Rojas en su conjunto, es particularmente relevante en su último libro, donde el sujeto enfrenta su propia multiplicidad existencial, impulsado siempre por su obsesivo afán de penetrar, a través de la escritura, el enigma de la plural realidad de la vida que se hace y se deshace en el tiempo. Así, la figura del hablante, que se construye y desconstruye en el enunciado poético, es expresión del propio discurrir vital, en su permanente transformación; lo que le da a este breve poemario el carácter de *summa* o compendio memorial, a través del cual el «yo» intenta objetivar su pro-

<sup>4</sup> Sobejano, Gonzalo, «Gonzalo Rojas: alumbramiento», en Gonzalo Rojas, Desde mis tres vertientes, Arauco-Santander, 1984, págs. 16-19.

<sup>5</sup> Rojas, Gonzalo, Río turbio, Madrid, Ediciones Hiperión, 1996.

<sup>6</sup> Libro reeditado, con referencias cronológicas de Jaime Quezada, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1993.

<sup>7</sup> Ostria, Mauricio, ob. cit., pág. 12.

pia existencia, irremediablemente fragmentada en las múltiples vidas del poeta.

Desde su propio título, el poemario instauro la ambigüedad como norma discursiva, en tanto expresión de la contradictoria naturaleza humana, regida por la irreconciliable dilogía vida-muerte. La compleja imagen de «río turbio» con la que se identifica, en su autorreferencialidad, el hablante lírico, nos sitúa en el ámbito de radical incertidumbre que caracteriza la visión del poeta, en relación con el tiempo consumido y, fundamentalmente, con el tiempo por-venir. La confusión de las aguas turbias, revueltas en su azaroso discurrir, nos remite a la claridad de su origen; pero, al mismo tiempo, a la oscura incógnita de su destino final.

Pero no es la superficie del turbulento cauce hombre-río lo que importa, en realidad, sino el lógamo; el sedimento empozado en su lecho, como los residuos del alma que enturbian las aguas, es lo que se constituye en la auténtica materia de reflexión en este viaje del poeta al interior de sí mismo. Allí, en el fondo incierto del «río turbio» se hunde, una y otra vez, el escarpelo de la escritura indagatoria para desvelar la esencial confusión del «yo» en la pluralidad, nunca reconciliada, de su existir. Convergen así, en este poemario-síntesis, los más diversos aspectos de la realidad existencial del sujeto que, en diálogo consigo mismo, despliega en la escritura la memoria del tiempo vivido; pero, también, su radical inquietud sobre el tiempo venidero.

Tal es la disposición lírica de este poemario, cuya estructura tripartita reproduce, en la ficción literaria, la experiencia indagatoria del sujeto que se enfrenta a la esencial contradicción del ser marcado por la muerte en su devenir temporal. Al final del camino, frente al irreconciliable dualismo humano, se impone la síntesis, el reencuentro del «yo» consigo mismo, metafóricamente expresada por la imagen del «río turbio». Allí, como en la existencia, confluyen las parejas antinómicas, el ser y el no ser, la vida y la muerte, el sonido y el silencio, la claridad y la oscuridad; en definitiva, el sedimento que subyace, convertido en lógamo, en el fondo del alma. De esta cantera inagotable el escritor extrae la materia del ensueño creador con el que renace el poeta, transformado en palabra viva, en silencio sonoro, en luminosa oscuridad.

El poemario, dedicado a la amada ausente, pone de relieve, desde su comienzo, la dinámica Eros-Thánatos como principio funcional del universo lírico, que discurre por la vía de las antinomias. El amor, concebido como pasión, está regido por el símbolo del fuego, en su dimensión creativa y destructora; de sus cenizas renacerá el «yo», como del lógamo empozado en el fondo de la corriente, para aflorar –turbio– a la superficie. Tal es la experiencia poética que nos participa el autor, en la que se conjugan el afán prometeico de la poesía y el esfuerzo del poeta, transformado en moderno Sísifo, empeñado en un hacer jamás concluso.

El afán prioritario es la recreación del «yo» en el amor, pero también es su inevitable consunción. Así, nos introducimos en el poemario con una dolorida evocación enunciada desde la orfandad del sujeto: «A mi fenicia, esté/ donde esté»<sup>8</sup>. La clave de esta enigmática destinataria y cómplice del poeta, se desvela parcialmente, como una caja china, en un poema también de misterioso nombre –«Qedeshím qedeshóth»–, sobre cuyo significado el autor anota lo siguiente, a pie de página: «en fenicio, cortesana del templo» (p. 47). Efectivamente, el poema todo es un ritual erótico que recrea, en la ficción poética, el instante mismo en que el «yo» renace y se consume en el fuego de la pasión amorosa, seducido por aquella extraña mujer que lo incita a violar el Templo.

Aquí, en este poema, la fusión amorosa es entrada a la plenitud gozosa, pero también ingreso a la muerte. Eros y Thánatos, dualidad encarnada en la incitante pasión de la «fenicia», que evoca la trágica figura de Dido, se convierten en los auténticos actores de la profanación del Templo, espacio donde el amor desafía la transitoriedad humana. Tal es el sentido de otro símbolo, variante del Templo, recurrente también en la poética amatoria de Gonzalo Rojas: el Torreón. De nuevo nos encontramos con un poema, cuyo enigmático nombre –«Torreón del Renegado»– se ve obligado a explicar el escritor, en nota a pie de página: «De lo alto del Nevado de Chillán baja turbulento el Renegado, que lo amarra a la leyenda» (p. 41).

El autor narra el origen legendario del río «Renegado» en el texto en prosa, titulado «Le pondremos Renegado», que precede al citado poema: «Hubo una vez un fraile, en el siglo XVII, que se robó a una hermosa e intentó pasar con ella a la Argentina por esos altos desfiladeros. Dios lo hizo piedra y de su llanto nació el río» (p. 39). Allí, en la ribera de aquel río los amantes construyen su refugio, con la materia de los sueños y la madera noble del país: «El Torreón es de alerce, de mañío y laurel, de castaño y pino fragante. De Amor», concluye el texto. El Templo del encuentro, profanado por los amantes, es ahora Torreón destinado a la permanencia en el amor; pero, también se abrasará en llamas, sometido a la acción del fuego que crea y destruye a la vez. De sus cenizas renacerá el «yo» a la soledad del ensueño creador, para recrear, mediante la palabra poética, la imagen del bien perdido.

En este sentido, la poesía cumple la esencial función de recuperar el tiempo de lo vivido. Poética de la memoria, por tanto, que en su dimensión amatoria registra un particular tono elegíaco. Pero la reactualización del pasado en el amor es, en definitiva, desencuentro o patética constatación de la ausencia, de la soledad. Así, frente al afán del «yo» por recu-

<sup>8</sup> Rojas, Gonzalo, ob. cit., pág. 7.